

## CANAL, Jordi (ed.), *Los colores de la política en la España contemporánea*

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza /  
Marcial Pons, 2022, 469 pp.

Rafael Fernández-Sirvent

Universidad de Alicante, España  
[rafael.fernandez@ua.es](mailto:rafael.fernandez@ua.es)

Cómo citar esta reseña: FERNÁNDEZ-SIRVENT, Rafael (2023). Canal, Jordi (ed.), *Los colores de la política en la España contemporánea*. Pasado y Memoria, (26), pp. 481-486, <https://doi.org/10.14198/pasado.24350>

«Con los colores se nombra, se insulta, se identifica, se marca, se exhibe, se simboliza, se emociona, se comunica, se vende y se viste la política. Se pelea, se combate, se sacrifica y se mata, asimismo, por unos colores» (Jordi Canal, p. 82).

Una cosa es el color natural, la gama de colores que identifica nuestro cerebro previa detección por nuestra retina, y otra el color como una idea más elaborada, como una construcción cultural compleja y un fenómeno social que inunda todas las esferas de la cotidianidad humana, del lenguaje, y, de una manera muy marcada, está plenamente presente en el día a día de la política moderna. En palabras de Jordi Canal, editor de la obra reseñada, es la «cromopolítica», esto es, «la dimensión cromática de la política y de lo político».

En política, ser de un determinado color es una realidad completamente arraigada en el imaginario colectivo de las sociedades actuales. Se trata, en consecuencia, de expresiones bastante habituales en el lenguaje coloquial y formal contemporáneos y, más en concreto, de la vida política y que, por tanto, pueden y deben ser objeto de un estudio historiográfico desde un enfoque cultural y conceptual.

*Los colores de la política en la España contemporánea* es una obra colectiva con un sugerente planteamiento inicial y bien trabada y coordinada, que nos brinda la posibilidad de aproximarnos de forma minuciosa al origen y consiguiente transmutación de la semántica asociada a los colores en la esfera de lo político. Y acotado a España para el caso que nos ocupa. Este libro supone, en resumen, un novedoso acercamiento a la historia de la España contemporánea, de principios del siglo XIX a nuestros días, a partir de algo tan aparentemente simple e inocuo como nueve colores, donde dialogan varias ramas de conocimiento, además de la Historia: la Politología, la Sociología, la Antropología, la Lingüística, la Literatura, el Arte y la Psicología. Un punto de partida inicial muy simple a primera vista con un resultado enriquecedor y complejo, como era de esperar.

Antes de entrar en materia monocromática, la obra se abre con un prolijo estudio de su editor, Jordi Canal, sobre «Colores». En este extenso planteamiento inicial, el coordinador de la obra realiza un recorrido histórico sobre los usos políticos de toda la gama de colores, muchas veces asociados a elementos de la vida cotidiana como pueden ser complementos de indumentaria del estilo de fulares, pañuelos o corbatas, entre otros. Me parecen especialmente interesantes las páginas dedicadas a este complemento masculino, la corbata, plagado de ejemplos históricos y teorías sobre su origen y de anécdotas como la utilización del color verde en la corbata durante los actos públicos de abdicación del monarca Juan Carlos I de Borbón en junio de 2014 y todo el movimiento de solidaridad y empatía con la institución monárquica en los actos posteriores de proclamación del nuevo rey Felipe VI, en un contexto en el que la institución monárquica arrastraba más de una década de profunda crisis por diversos asuntos, algunos aún hoy sin resolver. Y es que verde no solo es un color con significado político, sino que también se utilizó en determinados círculos su acrónimo V.E.R.D.E. con el significado de «Viva el Rey de España» (una adaptación española del «VIVA VERDI» del *Risorgimento* con el sentido de «Viva Vittorio Emanuele Re d'Italia»). En 2020, fue el propio presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, quien portó una corbata verde para la recepción en Moncloa del diputado de Esquerra Republicana Gabriel Rufián, además de elegir otro complemento pandémico como la mascarilla con la bandera de España, gestos que el sector independentista catalán se tomó de manera muy hostil. El lazo amarillo que utilizaron en Cataluña las personas partidarias del independentismo, y que luego se trasladó a otros objetos, también es paradigmático, pues nacía así un nuevo símbolo cromático en la Cataluña del *procés*: el amarillo independentista, un color que en España no se había usado con connotaciones políticas –sí para otras causas relacionadas con enfermedades

como la espina bifida o la endometriosis—. Anécdotas, no inocuas, de la política actual que evidencian el alto poder simbólico que sigue teniendo el cromatismo asociado a alguna idea –por lo usual de origen histórico– y, sobre todo, su enorme capacidad de evocar los sentimientos más profundos del «animalario político» que constituimos el conjunto de la ciudadanía.

Como explica Pedro Rújula, el blanco no es un color más, sino la excepción cromática, como el negro, sin cualidad para la mezcla. El blanco ha sido utilizado por la Iglesia para proyectar una imagen de pureza, pero también ha sido asociado a la paz mediante el uso de banderas o pañuelos, como por ejemplo durante la guerra de la Independencia española. Pero la consolidación del blanco como color de significado realista en España se produjo en los años veinte y treinta y vino como influencia francesa tras la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis. Los legitimistas carlistas se negaron a ceder los símbolos de la monarquía al ejército isabelino durante la primera guerra carlista, por lo que también se identificaron con banderas blancas con la cruz de Borgoña u otros elementos realistas o religiosos.

Enric Ucelay da Cal nos presenta el «pésimo» negro, usualmente asociado a algo peyorativo o negativo, es la ausencia de todo color, desde la antigua Roma asociado a la pena, al dolor, al duelo individual o colectivo. La España de la *Leyenda Negra* toma fuerza al son del *Desastre del 98* y la generación del 98, ya en el siglo XX, reavivando argumentos propagandísticos extendidos en Europa y en Ultramar acerca de las atrocidades cometidas por la Monarquía Hispánica tras la conquista del Nuevo Mundo. El racismo cultural de una sociedad también se mide por los residuos, casi inconscientes y totalmente normalizados, de su lenguaje: «trabajar como un negro» o «como un chino» (y no «como un amarillo»), por ejemplo. En las banderías políticas, el negro también tiene gran protagonismo: los negros liberales frente los blancos realistas de la primera guerra carlista. Y un largo etcétera.

Eduardo González Calleja habla del rojo como el color político privilegiado, asociado históricamente a la soberanía, autoridad o rango religioso, militar o político. Desde los inicios de la contemporaneidad empezó a vincularse al poder popular: el rojo como un peligro revolucionario. Al margen de la consabida importancia del rojo en el histórico de banderas españolas, es patente la adscripción de este color a los procesos revolucionarios desde la Revolución francesa de 1789. En relación con las insurrecciones federalistas españolas, en las revueltas cantonales de 1873 se izaron más banderas rojas que la tricolor. Con la Revolución rusa, la identificación del comunismo con el rojo generó expresiones alarmistas como el «temor rojo» (*Red Scare*). En la Segunda República, los colores adquirieron tal carga política que se convirtieron en

referencia de la indumentaria partidista. La Guerra Civil española selló en el bando rebelde la estigmatización del «rojo» como enemigo absoluto de la civilización occidental.

Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas presentan el amarillo como el color de la infamia y la traición en la cultura occidental. Los «sindicatos amarillos», aparecidos a finales del siglo XIX, son buena prueba de ello: una asociación de trabajadores traidores al servicio de la patronal. En la España contemporánea, el amarillo no estuvo asociado a partidos políticos relevantes, pero sí que lo estuvo siempre a las banderas, como se puede observar en el lento proceso de nacionalización de la enseña rojiamarilla. Como ya se ha comentado en la introducción, el amarillo también tomó un nuevo significado político con la utilización del lazo amarillo y de otras prendas de ese color en el *procés* de Cataluña, vinculado al independentismo catalán del tiempo presente.

Tomás Pérez Vejo nos habla de la entrada con fuerza del color morado en la vida política española, tras las elecciones generales de diciembre de 2015 en la que la prensa comenzó a difundir ese color en los gráficos y mapas electorales asociado a la notable irrupción de las coaliciones encabezadas por Podemos en provincias como Álava o Barcelona. Pero el morado tiene una larga trayectoria histórica en España, asociado con la República. Fue en 1931 cuando este color se convirtió, en el imaginario de la sociedad española, en el color oficial de la República (la segunda). Lo corroboraba el art. 1 de la Constitución de 1931: «La bandera de la República española es roja, amarilla y morada». Sin embargo, en la Guerra Civil española los rebeldes enemigos de la República representaron a sus enemigos como «rojos» y no como «morados».

Xavier Moreno Juliá inicia su capítulo con una enigmática e inquietante autocita: «El motor de la Historia no es la lucha de clases: el motor de la Historia es La Mentira». Moreno Juliá identifica el azul como un color «profundo y silente por definición», «uno de los colores con mayor peso histórico» y «el color favorito de la Europa Occidental». Tras una veintena de páginas de disertación general acerca del cromatismo azul en el mundo y en la Historia, el autor analiza el uso de este color en la política contemporánea española, hablando nuevamente de los antecedentes medievales y modernos. El azul del uniforme militar español quedó relegado a partir de 1915, pero en los años treinta la milicia de la Falange Española y de las JONS recuperaría dicho color. El azul también tiñó la guerra civil española de 1936-1939, tanto el azul del bando sublevado como el mono azul de los milicianos y milicianas leales a la República, además de la conocida como División Azul (1941-1945) para combatir al Ejército Rojo.

Mónica Moreno Seco comenta que las variaciones del significado del violeta en los discursos y las prácticas de las mujeres «revela las transformaciones en la consideración social de las mujeres y los cambios del movimiento feminista entre los siglos XIX y XXI». Aunque se suele asociar el rosa con la femineidad, no siempre fue así. En la España de los siglos XIX y XX el violeta estuvo ligado a la modestia femenina, atribución que algunas feministas se apropiaron como estrategia en la defensa de derechos de las mujeres, para obtener legitimación. En el movimiento de mujeres de la segunda ola (años setenta), el violeta ocupó un lugar privilegiado, pero todavía en competencia con otros colores, que ha mantenido y consolidado a finales del siglo XX y principios del XXI, por lo que el color violeta goza, hoy día, de una posición hegemónica en la representación del feminismo español como reflejan las movilizaciones feministas y la denominada «marea violeta» desde 2013.

Fernando Martínez López aborda la ambivalencia política y social de la tonalidad verde: símbolo de vida y esperanza a la par de veneno y desorden, asociado a lo efímero y, desde el Romanticismo decimonónico a la naturaleza, la libertad, la salud o, sobre todo, la ecología (a la idea occidental de la misión verde para salvar el planeta). Simbólicamente, el verde se asocia a una nueva cultura política, la de los partidos ecologistas que hacen de la defensa del planeta y del medioambiente su reivindicación primordial. Pero el verde también ha tenido otras connotaciones políticas más negativas, pues se ha vinculado con la masonería y, por tanto, en España, con las campañas del contubernio judeomasónico. El verde se ha vinculado a los partidos de centro político durante la Transición española, a partidos nacionalistas como PNV o PSA-PA, pero también identifica a comunidades autónomas como Extremadura o Andalucía.

Naranja es definido por Alfons Jiménez como algo nuevo, «extraño, joven y atrevido». Después de que los cruzados trajeran a Europa la fruta naranja, ya en la Edad Moderna el color naranja representó diversión, placer, sexualidad e incluso pecado. En la esfera política, el naranja se asoció a la casa real de los Países Bajos, que obtuvo su independencia de España en 1581. Ya en el panorama político actual, el naranja en España tiene un dueño, el partido Ciudadanos y fue una apuesta arriesgada en 2006 puesto que, según una encuesta, solo el 3% de las mujeres y el 2% de los hombres consideran el naranja su color preferido. Pero el naranja es un color asociado a la juventud, alegría o energía, por lo que en la campaña de marketing político de Ciudadanos era la imagen, fresca y transparente –con el atrevido cartel de Albert Rivera desnudo incluido–, que se quería proyectar en la ciudadanía española. También en Francia, Alemania o Ucrania algún partido político se identifica con el naranja.

Un álbum de imágenes representativas de todo el espectro cromopolítico remata esta colorida obra historiográfica. Soy de la opinión de que en obras de este tipo siempre resulta más sugerente, desde un punto de vista científico, incorporar dichas imágenes comentadas en el cuerpo de cada uno de los capítulos y no como un mero anexo visual, que es la práctica editorial más habitual. Por lo demás, una obra novedosa y necesaria en la historiografía actual que, seguro, ha abierto un arcoíris de futuras líneas de investigación a desarrollar. Plácemes a su coordinador, Jordi Canal, a sus diez autores y a su única autora, Mónica Moreno.